

NOTA EDITORIAL

El cuarto número de *Cuadernos de pesimismo* lleva por título *El pesimismo en la escuela de Schopenhauer*. La pregunta que lo recorre es sencilla de formular y bastante menos sencilla de resolver: ¿puede hablarse de la llamada Escuela de Schopenhauer como de una escuela del pesimismo? La recepción de Schopenhauer en el siglo XIX aconseja cierta cautela. “Escuela”, “discípulo”, “continuador” y “pesimista” no son términos equivalentes, ni designan una continuidad doctrinal sin fisuras. Algunos de los autores más próximos al filósofo de Fráncfort asumieron sólo parcialmente las consecuencias pesimistas de su pensamiento; otros, por el contrario, radicalizaron ese diagnóstico al precio de apartarse de aspectos decisivos de su metafísica. La historia de la escuela es, por eso mismo, también la historia de sus desacuerdos, de sus desplazamientos y de las distintas formas que adoptó la herencia schopenhaueriana.

Los tres trabajos de la sección temática parten, cada uno a su manera, de esta dificultad. Jesús Carlos Hernández Moreno, en “La escuela de Schopenhauer y el pesimismo”, se pregunta hasta qué punto el círculo formado en torno a Schopenhauer puede identificarse sin más con una escuela pesimista. H. W. Gámez, en “Fundamentación teórica para establecer la expresión ‘escuela pesimista’ como categoría historiográfica”, propone distinguir con mayor precisión a los pensadores del *Weltschmerz* y otorgar a Bahnsen, Hartmann y Mainländer un lugar historiográfico propio. Fernando Burgos, por su parte, reconstruye en *El dios fragmentado. La escuela imposible y la posteridad filosófica de Philipp Mainländer* el intento de Mainländer de dar continuidad institucional a su filosofía y sigue las formas fragmentarias de su recepción posterior. Los tres artículos no conducen a una definición única de “escuela”; justamente ahí reside buena parte de su interés. En conjunto obligan a distinguir entre filiación, comunidad doctrinal, recepción y posteridad, categorías que con demasiada facilidad suelen confundirse.

La sección no temática desplaza la mirada hacia otros problemas que siguen poniendo a prueba el alcance del pesimismo filosófico. Ana Paula Manoel Felipe estudia la soledad y el pesimismo antropológico en Schopenhauer; Slaymen Bonilla confronta la promesa mainländeriana de redención con la vacuidad budista; y João Miguel Alves Ferreira examina el aburrimiento como una experiencia capaz de interrumpir las evidencias cotidianas con las que atribuimos sentido a la existencia. A estos trabajos se añaden tres traducciones de especial interés para la historia del pesimismo decimonónico. La primera es *La filosofía de la redención*, de Ferdinand Domela Nieuwenhuis, publicada originalmente en 1880 y traducida por Tania León López. La segunda, también traducida por Tania León López, es *El pantelismo de Schopenhauer*, de Eduard von Hartmann, texto en el que uno de los protagonistas mayores de la polémica del pesimismo interpreta y delimita la concepción schopenhaueriana de la voluntad. La tercera, *El theatron pesimista de Anna Rotunno*, de Marco Lanterna, traducida igualmente por Tania León López, presenta una selección de las piezas filosóficas de la autora.

Cierran el número dos reseñas que llevan la conversación hacia publicaciones recientes y hacia autores que, desde registros muy distintos, vuelven sobre cuestiones centrales para los estudios del pesimismo. Benjamín Carobisoni se ocupa de *Resignación infinita*, de Eugene Thacker; y Jesús Carlos Hernández Moreno comenta *Blaise Pascal: pensar sin límites. Estudios sobre su pensamiento y obra*, de Alicia Villar Ezcurra. El volumen no busca fijar una ortodoxia pesimista ni ordenar la tradición como una genealogía lineal. Interesa, más bien, seguir lo que ocurre cuando una filosofía pasa de un autor a otro, de una lengua a otra y de un problema histórico a uno nuevo. Volver a Schopenhauer significa entonces atender tanto a lo que sus lectores conservaron como a lo que rechazaron, y también a aquello que sólo pudo aparecer cuando dejaron de ser, en sentido estricto, schopenhauerianos.

EDITORIAL NOTE

The fourth issue of *Cuadernos de pesimismo* is entitled *Pessimism in the Schopenhauer School*. Its guiding question is simple to formulate but considerably harder to answer: can the so-called Schopenhauer School also be described as a school of pessimism? Schopenhauer's nineteenth-century reception suggests that some caution is needed. "School," "disciple," "successor," and "pessimist" are not interchangeable terms, nor do they imply an unbroken doctrinal continuity. Some of the thinkers closest to Schopenhauer accepted the pessimistic consequences of his philosophy only in part; others, by contrast, radicalized that diagnosis while moving away from crucial features of his metaphysics. The history of the school is therefore also a history of disagreement, displacement, and of the different forms assumed by Schopenhauer's philosophical legacy.

Each of the three contributions in the thematic section begins from this difficulty. In "The Schopenhauer School and Pessimism," Jesús Carlos Hernández Moreno asks to what extent the circle formed around Schopenhauer can be identified, without qualification, as a pessimist school. In "Theoretical Basis for Establishing the Term 'Pessimist School' as a Historiographical Category," H. W. Gámez argues for a more precise treatment of the thinkers associated with *Weltschmerz*, giving Bahnsen, Hartmann, and Mainländer a distinct historiographical place. Fernando Burgos, in *El dios fragmentado. La escuela imposible y la posteridad filosófica de Philipp Mainländer*, reconstructs Mainländer's attempt to give his philosophy an institutional continuation and traces the fragmentary forms of its later reception. The three essays do not lead to a single definition of "school"; much of their interest lies precisely in that fact. Together, they require us to distinguish among affiliation, doctrinal community, reception, and posterity, categories that are too easily treated as though they were the same.

The second section turns to other questions that continue to test the scope of philosophical pessimism. Ana Paula Manoel Felipe examines solitude and anthropological pessimism in Schopenhauer; Slaymen Bonilla sets Mainländer's promise of redemption against Buddhist emptiness; and João Miguel Alves Ferreira considers boredom as an experience capable of interrupting the everyday assumptions through which we confer meaning on existence. These studies are followed by three translations of particular importance for the history of nineteenth-century pessimism. The first is Ferdinand Domela Nieuwenhuis's *The Philosophy of Redemption*, originally published in 1880 and translated by Tania León López. The second, also translated by Tania León López, is Eduard von Hartmann's *Schopenhauer's Pantheismus*, a text in which one of the major figures in the controversy over pessimism interprets and delimits Schopenhauer's conception of the will. The third, Marco Lanterna's *The Pessimistic Theatron of Anna Rotunno*, likewise translated by Tania León López, presents a selection of the author's philosophical pieces to Spanish-language readers.

The issue closes with two reviews that carry the discussion forward to recent publications and to authors who, from very different perspectives, return to questions central to the study of pessimism. Benjamín Carobisoni discusses Eugene Thacker's *Infinite Resignation*; and Jesús Carlos Hernández Moreno reviews Alicia Villar Ezcurra's *Blaise Pascal: pensar sin límites. Estudios sobre su pensamiento y obra*. The volume does not seek to establish a pessimistic orthodoxy or to arrange the tradition as a linear genealogy. Its concern is rather with what happens when a philosophy passes from one author to another, from one language to another, and from one historical problem to a new one. To return to Schopenhauer, in this sense, is to attend both to what his readers preserved and to what they rejected, as well as to what could emerge only once they ceased to be, strictly speaking, Schopenhauerians.